

Hoy escribe JAIME GUZMAN

“Sí a la paz” es “sí al Papa”

UN joven chileno y otro argentino entregarán mañana al Papa los resultados de la recolección de firmas juveniles en favor de la paz entre nuestras naciones.

Ante ello conviene precisar que el resonante éxito logrado por esa campaña de firmas entre la juventud chilena se logró en el claro entendido de que —para nuestra patria— decir “sí a la paz” es decir “sí a la mediación papal”. Y a esta altura ello significa algo bien concreto.

No está de más recordar que dicha mediación surgió a raíz del insólito desconocimiento argentino del laudo arbitral británico, cuyo cumplimiento estaba confiado al honor de las partes. Aunque jurídicamente el diferendo quedó resuelto, esa conducta antijurídica del gobierno trasandino lo prolongó de hecho, agudizándolo por sus amenazas belicistas, cuya inminente concreción a fines de 1978 movió al Papa a ofrecerse como mediador.

No está de más recordar, sin embargo, que poco antes había sido Argentina quien sugirió una mediación como salida a la impasse generada, y fue también ese país quien propuso entonces al Papa como mediador, dada su calidad de suprema autoridad moral de la Tierra y de jefe de la Igle-

sia Católica universal, credo mayoritario en ambas naciones.

No está de más recordar, tampoco, que el tema específico de la mediación quedó precisamente definido cuando ésta se formalizó y sobre él giraron las pacientes negociaciones que durante casi dos años se llevaron a cabo, hasta culminar en la propuesta papal de diciembre de 1980.

No está de más recordar, en fin, que tal propuesta no fue ni es una sugerencia cualquiera, sino que tuvo y tiene los caracteres de proposición única, oficial y definitiva que el Augusto Mediador ha formulado para superar el diferendo. Lo corroboran así la solemnidad de su entrega; el discurso público con que el Papa la acompañó, donde calificó la fórmula de “justa, equitativa y honorable” para una paz duradera; su solicitud de



respuesta a ambos Gobiernos dentro de un plazo inferior a un mes y, por último, el que Su Santidad se haya ofrecido como garante de los tratados que habrían de dar forma jurídica al acuerdo.

FUE el conjunto de la realidad descrita lo que sin duda llevó al Gobierno de Chile a aceptar públicamente la propuesta papal, dentro de plazo, pese a que ella no satisface integralmente nuestras aspiraciones,

“Los mismos jóvenes que no vacilarían en ir al combate si la soberanía de Chile lo exigiera, apoyan la propuesta de paz del Papa”...

según ya entonces lo expresara el Presidente Pinochet.

Contrastando con ello, Argentina ha eludido una respuesta directa durante un año entero, con dilaciones y maniobras que lesionan el prestigio internacional del Santo Padre.

Voces trasandinas responsables han pretendido incluso rebajar la figura del Pontífice, llamándolo simplemente “Jefe del Estado Vaticano”. Ofensa gratuita, que no borrará la evidencia de que no se le designó mediador en tal carácter (ya que para ello había muchos otros Estados de mayor significación política), sino por la autoridad moral de ser el Jefe Supremo de la Iglesia.

Una reciente movida de la Cancillería argentina ha pretendido, en fin, obviar el diferendo austral sometido a mediación, bajo el pretexto de diluirlo en un robustecimiento “más amplio” de los lazos integradores con Chile.

PARA los chilenos, nada de esto, tiene el menor sentido. Nuestro camino de paz e integración futura con Argentina, pasa por la aceptación filial de lo que Su Santidad ha propuesto, en el marco de la mediación y por la estricta observancia del Derecho Internacional.

Por eso, los mismos jóvenes que no vacilarían en ir al combate si la dignidad y soberanía de Chile así lo exigieran, apoyan la fórmula de paz propuesta por el Papa.

La Seg. 11 - XII - 87